

INFIERNO

DE BIENMEQUIERE.

CAPITULO XI.

QUexóse Narciso á Preciosa, viéndose mas despreciado en la competencia de Bienmequiere, y por persuadirla á que no permitiese el galanteo, excluyendo de todo al Galan, haciendo de los zelos confianza, se atrevió á decirle estas razones.

Yo soy, Señora, un hombre que os sabe servir; Bienmequiere un hombre que os sabrá matar; mis finezas son tan ajustadas á vuestro respeto, que no pasan los límites de adoraciones; son sus excesos tanto contra vuestros pundonores, que llegan á los términos de demasías; en él teneis un susto contra el sosiego, en mí una mansión para el cuidado; en él una incredulidad para la fineza; en mí una estabilidad para la firmeza; en él hablan las fuentes con el murmullo; en mí responde el Valle con la razón; él es la fábula de estos payses, yo soy el Idolo de estos bosques; mas vos, infiel, derribais el Idolo por adorar la fábula: de él se quexan, desde el corazon mas sábio, hasta el sátiro mas rudo; del Palacio mas eminente, hasta la choza mas caída; por mí descansa el Príncipe mas Soberano, el Pastor mas humilde, participando todos la afabilidad de mi trato, como lo rigoroso de sus condiciones; mas vos por despedazarme gustais de las fieras. Qué hallais, Señora,

ñora, en este hombre para no desterrarle? Si no es, que mi desgracia pesó mas para su fortuna, que de la estrella de un infeliz se hizo la de un dichoso. Si os agrada su persona, transformaré la mia; si su sér, volveré á nacer; si su condicion, mudaré el trato; si sus arrosos, pondré la venda; si sus ejercicios jugaré las saetas: pero si, como pienso, os agrada mas, solo en quereros menos, yo desisto de imitarle astuto, que no quiero comprar mi fortuna á costa de mi fineza.

Narciso, respondió Preciosa, contentaos con que sois un hombre que se atreve á hablar, y dexad que sea Bienmequiere un hombre que se atreve á morir: no sean en buena hora mias sus atenciones; pero sean mios sus afectos, no os digo que le estimo el corazon, respondo que no le quiero quitar los ojos: y por el atrevimiento de declarar la envidia, sufrid los zelos; en quanto delinquisteis contra mi soberanía, padeced en vuestro temor, aunque en el mismo temor padezca tambien la soberanía.

Si hallais, respondió Narciso, un zelo para sufrido, hallaréis un infierno para tolerado: con que yo estoy resuelto en mostraros el lugar adonde Bienmequiere puede por vos seguirme, y donde podrá por vos. Acompañadme, y venid con curiosidad en mi seguimiento, y vereis á donde lleva este Príncipe á los que le siguen injustamente. Siguió Preciosa á Narciso deseosa de ver, en qué se declaraba el misterio de sus razones: y saliendo de los jardines de Delcidia, á poco andar la llevó á un lugar melancólico; todo sombras de árboles, poco matiz de flores, luces macilentas, aves nocturnas, ayre asombrado, y tan ardiente en las ausencias del Sol, que parece le dexó lo que abrasaba, quando se retiró en lo que lucía; á este espacio

bre descendía una fuente de lágrimas, que batiendo en la dureza de las piedras, les acrisolaba el sér, pudiendo desmentirles la naturaleza. Llegó Preciosa obligada del calor á que la condenaron aquellos ayres, á buscar refrigerio en los cristales de la fuente; pero halló las aguas tan amargas, y ardientes, que para el gusto fueron hiel, para el tacto fuego, y ya quisiera trocar las aguas por los ayres: qué fuente es esta, dixo á Narciso, de tan extrañas qualidades, porque primero que á la sed mata al sediento? El lugar, respondió él, adonde entráis, se llama el Infierno de Bienmequiere; porque aqui trabe á penar á los que le aman (1): la fuente de que probaste, corre de las lágrimas que lloran: este ayre ardiente, fino y melancólico se hizo de los suspiros que arrojan, y como son de amor, abrasan las aguas, y queman los ayres; ahora oíd las voces con que se quejan, y aprended la música ya que buscáis el llanto. Aqui sin mas instrumento que el tormento, comenzó una ternísima y lamentable música, cuyas sentidas voces decían así.

Deidad, que en este averno,

á tu rigor enseñas,

mira nuestros tormentos si eres sorda,

oye nuestros clamores si eres ciega.

Llega Deidad cruel,

por tantos nombres fiera,

si gustas de quien llora, pena, y gime,

aqui se gime, aqui se llora, aqui se pena.

Dicen que amor te llamas,

(1) El amor humano es un Infierno.

á tu sér diferencias,

si siendo amor, amor, así maltratas,

si fueras odio, amor, qué mas hicieras?

Que eres odio y no amor,

tu extrañeza confiesa,

porque si el odio es hielo, es fuego, es rabia,

aqui se rabia, aqui se arde, aqui se hiela.

Y si á tu rigor solo

el decoro sustentas,

llega á ver lo que falta á tu crueldad,

no á mirar lo que sobra á nuestra queixa,

Mas ay, que tu crueldad,

está sí de todo llena,

si no hay mas que matar, flechar, herir;

aqui se hiere, aqui se mata, aqui se flecha.

Acabada la lamentable música, comenzó otra de suspiros, mas sin compás de voces, pero sin voces, y sollozos, se formaba un compuesto tan triste, que solo de él se podía hacer el Infierno. A las puertas de éste estaban ya Narciso, y Preciosa, que eran en los muros de un cercado valle, adonde se padecía á acabar, y no se volvía á merecer. Entraron fácilmente, que allí á ninguno se vedaba la entrada, á muchos la salida; ya aqui eran los ayres mas ardientes, las sombras mas tristes, los árboles mas melancólicos, las flores mas escasas, las aves mas agoreras, las luces mas nocturnas; pero á la del fuego que ardía en lugar del Sol, pudieron notar que se padecía así.

Entre los condenados á los tormentos de Bienmequiere, siendo iguales, eran diferentes las penas, distintos los verdugos; valía la crueldad de muchos, una mujer vestida de amarillo, de débil presencia, flaca dis-

posicion , y macilento color , la qual recogiendo del Valle , no la flor inocente , sino la serpiente disimulada , tomaba unos aspides azules , y los aplicaba á los corazones de los pacientes , donde quedaban á picarles los corazones. Crecían los aspides venenosos , cebados en los pechos mal resistidos , y se hacían tan fieros , y tan feroces monstruos , que libres por el Valle , quedaban á ser en aquel infierno las Furias. A otro lado estaba un verdugo con semblante trasnochado , ojos de quien nunca durmió , y color de quien siempre veló , éste llegando á muchos de los atormentados , les echaba sobre las cabezas un sereno de nieve , y haciéndolos estatuas de ciertas paredes , tenía cuidado de que no se inclinassen á descansar , y se quedasen allí á padecer ; aqui se levantó una turba de voces , que asustada decia : viene la madrastra , viene la madrastra ; y luego apareció en el descontento Valle una muger ciega. Era de grande estatura , de mayor tristeza , el vestido negro , bordado todo á diluvios de lágrimas. A las puertas del Averno estaban algunos amantes , que olvidados de que vivian en un infierno , y acordados solo de que moraban en un Valle , hacian gloria de verse bebiendo las almas por la vista ; á éstos llegó la muger ciega , que no los erraba , y sacándoles los ojos con grande crueldad , les llevaba en los ojos la luz de ellos ; y luego con la misma tiranía les abria los pechos , y les robaba la mitad de los corazones , dexándoles en la parte que quedaba atravesado un puñal. Era tambien demonio en este infierno un viejo de mucha autoridad , venerable aspecto , arqueadas cejas , el qual llegando á ciertos hombres de los atormentados , que padecian en ansias de hablar , les ponía candados en la boca , aprisionándoles con la voz la queja. Paseaba el fúnebre distrito una muger

tan

tan desabrida , que solo de su semblante se pudiera hacer un dia de invierno ; á ésta daban adoracion muchos de los pacientes , y ella les tiraba piedras en quanto ellos le hacian sacrificios , dexándolos atormentados , pero Idólatras : Una delicadísima muger vestida de cambray , era fuerte , aunque disimulado verdugo ; á unos heria , á otros despedazaba , á otros enloquecia ; á otros quitaba la vida , y arriesgaba á todos. Estaban muchos en el corazón del Valle , como mirando á lo lexos , muriendo en ansias de alcanzar lo que veian , por ser lo que deseaban ; y una muger vestida de verde los visitaba , diciendo á unos , *algún dia* : á otros , *podrá ser* : á otros , *quándo será* ? á otros , *tarde* : y á ninguno , *nunca* : dexando á todos , ya en la duda , ó ya en la esperanza , tan insufrible tormento , que se juzgó por uno de los grandes en aquel lugar. Otros muchos ministros de crueldad atormentaban en aquel infierno de la locura , y si de menos nombre , de tanta tiranía.

Admirada , y compadecida Preciosa de las que veía executadas , pidió á Narciso , le declarase quién eran los verdugos ? á lo que él satisfizo , diciendo : aquella muger de amarillo , que adorna su rostro el color de su vestido , es la Desconfianza , tan flaca en la fe de sus seguros , que solo puede sustentar á sus rezelos , y enferma en lo que cuida , nunca sanará de lo que es. Los Aspides que aplica á los corazones de los amantes , son zelos , que comenzando pequeñas sospechas , crecen agigantados monstruos , para ser las furias del infierno. El hombre trasnochado , es el Desvelo , á que obliga Bienmequiere , á los que le siguen , padeciendo al sereno de tantas noches , y enjugando las lágrimas de tanta Aurora , por dar adoracion á ciertos Idolos , de quien dicen , que para velar las paredes , han

de

de empeñar el descanso. La muger ciega, es la Ausencia, que lleva á los que divide, los ojos en la vista que pierden, y medio corazon en el objeto que se aparta, y el puñal es la memoria que dexa. Lllaman á esta muger la madrastra, porque traydora con los afectos, los trata á veces como hijastros.

El anciano venerable es el Respeto, que á los que en su ausencia mueren por decir, condena á que mueran de callar. La muger desabrida es la Ingratitud, que tira piedras quando encuentra beneficios. La delicada, es la Fineza, que viste de su nombre, y arriesga con la locura de sus extremos la vida de sus extremos. La de verde, es la Esperanza, que porque en este Infierno no faltase tormento, hasta la esperanza vino á él; aqui anda prometiendo á todos, sin dar á ninguno, dexándolos mas atormentados en la certeza, de lo que pudiera en el desengaño.

De este demonio, pues, Desconfianza, de esta furia Zelo, de este verdugo Desvelo, de esta madrastra Ausencia, de este puñal Memoria, de este tirano Respeto, de este rayo Ingratitud, de este fuego Fineza, de este torcedor Esperanza, y de otros muchos atormentadores hizo Bienmequiere este lugar de atormentados, adonde trahe á los que le sirven, á los que le buscan, á los que le aman, llamados por antonomasia los Amantes. Ved, vos, Señora, si conviene amar su persona, ó huir su crueldad.

Asustada Preciosa de lo que oía, afligida de lo que miraba, no sabía cómo hubiese de responder, y no ignoraba cómo sentir, porque el puñal le atravesaba el pecho, los Aspides le roían el corazon, las piedras le amenazaban la vida, el candado le oprimía la voz, el torcedor le atormentaba el alma, y ya en aquel in-

fierno duplicaba el número de los que padecían, pero dió en él de vista á Narciso, y hallóse con Bienmequiere, á quien dixo indignada.

Qué es esto, hombre cruel, á dónde están las obligaciones de tu sér, que asi vuelves solo por las de tu crueldad? Si este es el premio de quien te busca, á dónde está la queixa de quien te huye? Cómo se atreve á arguir las esenciones, quien asi trata á los rendimientos? Buscas para despedazar? Qué mas hacen las fieras con los humanos? Te enterneces para matar? Qué mas hace el Cocodrilo con los pasajeros? Disimulaste para herir, qué mas hace el Aspid con los descuidados? Llamas para abrasar? Qué mas hace la luz con la Mariposa? Atraes para perder? Qué mas hace la Scilla con los Navegantes? Y tú mas cruel que la Scilla, que el fuego, que el Cocodrilo, que el Aspid, que las Fieras, tomaste la tiranía de todos, para que no te compitiese el rigor de ninguno. Si esta es tu casa, buen Señor; si este tu imperio, buen Príncipe; si esta tu corte, buen Rey; si este tu corazon, buen amante, ni eres Rey, ni Príncipe, ni Señor, eres un monstruo compuesto de tu propio sér, que solo de tí se podía hacer lo que eres.

Dices bien, respondió Bienmequiere, que solo yo podía ser yo; pero menos fiera de lo que imaginais, sino monstruo como decís. Esta gente que aqui veis penar, en lo que padece tiene el premio de lo que padece; que aqui acrisolan su fineza, donde desesperan su vida, y yo como buen Señor, debo ser mas de su crédito que de su descanso; y aunque soy causa de sus tormentos, en algunos es la fortuna la culpa; pero, pues, os traxeron al infierno de mis quexosos, pasemos de él á la gloria de mis contentos, y vereis como á todos premio, á estos en la estimacion de lo

que padecían, á aquellos en la satisfacción de lo que logran. Deseosa la Dama de salir de aquel lugar, siguió á Bienmequiere sin replicarle, y los dos salieron del espantoso Valle: á poco andar entraron en una senda de flores, rosas muy presumidas, claveles muy abrazados, perpetuas fingidas, efimeras verdaderas, angélicas amantes, jazmines frágiles, hoja de amor nada de duracion: de allí avistaron la magnificencia de un soberbio Palacio, cuya altivez desafiaba á las nubes, hecho de piedras tan transparentes, que suponían solamente las competencias con el Sol, y de idea tan curiosa, que del cuerpo de él se hacía un corazón; alegres instrumentos, y suave música les llamaron la atención, y apresuraron los pasos, que á las puertas del Palacio quedaron suspensos, y paróse Preciosa á escuchar la música, que decía así.

A las glorias de amor coronado,
acudan del Valle con gusto y primor,
la Ninfa, la Fiera, el Sátiro, el Hombre,
el Ave, la peña, la fuente, y la flor.

Acabóse la música hallándose Preciosa con Bienmequiere á las puertas del Palacio, que eran en la primera fachada de él, hechas de la misma piedra del Palacio, y tan diáfana, que cerradas las puertas pudiera ver, lo que á puertas abiertas iba á buscar: en el Frontispicio de él decían unas letras doradas:

Glorias de ver.

Reparó Preciosa, y haciendo vidriera de la piedra, penetró el parentesis sutil, que le dió pasage de vista á

las glorias de mirar, reconoció una casa hecha toda de vidrio cristalino, tales serían los cimientos como las paredes; en éstas tenía dibujado sutil pincel, multitud de rosas encarnadas, que á fundamentos de vidrio pintura de rosa; á trechos se ideaba Venus sin la desgracia de Adonis: Helena sin los incendios de Troya; Andromaca sin los peligros del monstruo; Siques sin las persecuciones de Venus; Hióle con los triunfos de Hércules; y otras muchas bellezas de quien mintieron las fábulas, y algunas de quien admiraron los tiempos: levantábase en la casa un soberbio Trono, adonde estaba sentada aquella muger Hermosura que en los jardines de Delcidia fue muger calavera, á ésta adoraban gran número de Idólatras, que suspensos en su belleza hacían gloria solo de verla: allí no pasaba la satisfacción de los ojos á la exágeracion de la lengua, que por no divertir la atención detenían la voz. A estos, dixo Bienmequiere, puse el premio de su cuidado en la gloria de sus ojos, ven lo que quieren, y no quieren mas de lo que ven; les dexo á la vista la Hermosura que aman, y olvídoles así el dolor que sienten; llámense amantes contemplativos, y de esta casa de la Hermosura pasemos ahora á la del seguro. Pasaron, y leyeron el rotulo que la ocultaba, diciendo:

Glorias de creer.

Vieron sin entrar, y reconocieron toda la casa de una piedra lisa, sin mas invencion de labor ni arte de pintura; era habitada de pocos, pero todos amantes, con los quales asistía una muger de sereno semblante, alegre parecer, medidas acciones, seguros pasos, vestida de un traje blanco, bordado en firmezas de oro, esta

egándose á los amantes les abría los pechos con una llave, y sacándoles los corazones los limpiaba de unas manchas á que llamaban desconfianzas, unas motillas á que llamaban sospechas, unos gusanillos á que llamaban recelos, unos átomos á que llamaban dudas, y unas sombras á que llamaban miedos. Y dexándolos purificados, los dexaba restituidos. A estos, dixo Bienmequiere, les llaman amantes pacíficos, pues viviendo en la ley de aquella Señora que es la Confianza, ella les salva los corazones, y en la fe de amantes no padecen el temor de ofendidos, así son los mas descansados, pasemos á los terceros; llegaron, y vieron de la tercera puerta que se intitulaba:

Glorias de unir.

Una casa hecha de una sola piedra, aquí se levantaba soberbio culto á la propicia deidad; era Anteros el Idolo, Anteros amable, aquel hermano de Cupido, saeta de agradecimiento, odio de ingratitude entre amadas y amantes. Se paseaba una muger, dando á unos papeles; á otros llevando respuestas; á otros trocando prendas; y á todos sustentando conversacion. Era de agradable semblante, de afable trato, de prontas respuestas, de dulces preguntas; vestía de un tafetan sencillo, color de voluntad, poca gala para una muger, menos ayre para una Dama. Llegaba á los amantes, y en virtud de su comunicacion, y de las inspiraciones de Anteros, les unía de dos en dos los corazones, dexándolos en aquella gloria de union, solo allí hallada, porque fingida en amor caduco. En esta casa de la satisfaccion, dixo Bienmequiere, viven los amantes recíprocos, á quien la Dama de lo azul llamada Correspondencia, adquiere

las

las glorias vinculando las almas; aquí hay dos corazones para uno, pero no se halla un corazon para dos. Aquí la voz agena, es eco de la voluntad propia, aquí ni del pensamiento hay zelos, por que todo es uno á comunicarse, y ninguno es otro á dividirse; aquí entre dos que se quieren, es sólo uno el que ama, que en este amor no hay dos. Y finalmente aquí no hay alma que dexé de importar dos vidas, ni hay vida que dexé de animar en dos almas. Pasaron de la reciproca apariencia á la quarta puerta adonde las letras decían:

Glorias de amar.

Era esta estancia finísima, que ademas de ser de las de amor, tenia de amor lo mas, toda la casa se fingía de coral, donde el primor de las labores acreditó el arte; sin que el artífice buscasse por primor la correspondencia, porque en ninguna de las paredes se veía. Aquí, de oro á lo que parecía, clavado de diamantes á lo que se miraba, se levantaba lucido trono, donde se veneraba Idolo, aquella Dama del cambray, que en el Infierno fue verdugo, y en ambos lugares Fineza; al pie del trono asistía un hombre de aspecto áspero, acciones desengañadas, rostro seco, ojos enxutos, manos abiertas; en el vestido poco de corte, nada de invencion; de rato en rato gritaba: *Nada quiero*. Rodeaban el trono muchos amantes, á quien el hombre leía en un libro las leyes que observaban los Amantes de la Señora Fineza, que eran apretadísimas y las observaban gustosos. Y el hombre, á quien llamaban el Desinterés, los animaba con una breve exhortacion á la fina obediencia de su Idolo; y en un libro de memoria apuntaba las acciones mas heróycas de la exenta constan-

tan-

tancia de cada uno, no para remunerar servicios que era contra la Ley, sino solo para inmortalizar la fama. ¿Cómo se llaman, preguntó admirada Preciosa, estos finísimos amantes? Lllamanles, respondió Bienmequere los amantes, Amantes, por que solo estos verdaderamente lo son; los otros quieren de lo que quieren; éstos solo lo que quieren, quieren. Los otros quieren para sí, estos solo quieren para lo que aman; los otros se sustentan de esperanzas, estos viven de amor; los otros sirven por el premio, estos huyen la satisfaccion; y resueltamente los otros pretenden, estos adoran; y tan alegres viven en el desinterés de la fineza, que excede su gloria las realidades del premio.

Oh felicísimas glorias las de amor, gritó Preciosa; quien no os encuentra, dura lo que vive; quien os logra vive lo que dura; quien no os busca no alcanza; quien no os atiende no sabe; quien no os mira no ve; quien no os pregunta no oye; quien no os estima no conoce. Asi decia Preciosa, quando en alas de un arrebatado viento voló el Palacio con las glorias; tales eran las glorias del Palacio. Al mismo tiempo voz sonora rompió los ayres con esta letra:

Glorias de amor, glorias de amor,
al viento, al viento, pues del viento sois.

Volando el Palacio en alas de su propia inestabilidad, quedó Preciosa con la admiracion que tan fatal repente podia dexarle. Miraba las glorias desaparecidas, quando las deseára eternizadas, y conociéndolas con la experiencia, las llamaba con la memoria; que mucho si le llevaron el corazon aun con dexarle el desengaño. Ya le quisiera la vida de un sueño, quando le lloraba la du-

racion de un suspiro. Buscó á Bienmequiere para so- correrse de la admiracion presente, y hechóle menos. Quién duda, que se ausentase corrido, quando Cándida de compasiva se hizo hallada, y sin hacer aprecio de las sinrazones de desterrada, hizo empeño de las obligacion- nes de verdadera; asi llegando á Preciosa, la dixo, repitiendo el primer concepto.

Glorias de amor, glorias de amor,
al viento, al viento, pues del viento sois.

Las glorias de este amor, Preciosa, son unas deseadas, otras poseidas; tocadas con la voluntad son glorias, vistas con la experiencia desengaños, son mas de quien las procura, que de quien las teme; la presuncion las hace eternas, la posesion las recela abreviadas; quien las desea ya le parece que las pierde; mira que tal es el bien, donde es mejor la esperanza que la posesion! A un abrir de ojos te enamoraron, y te desaparecieron; no tienes de vida mas que un abrir de ojos: y qué haya ojos que se abran á tan poca vida? Para la vista grande deseo, para la resolucion ninguna disculpa; mucha ceguedad la de quien para verlos abre los ojos, yerros de la voluntad á hurto del entendimiento. El engaño les llama glorias, la experiencia les llama nadas. No vuelvas Preciosa de la experiencia á el engaño; camino tan peligroso, que ni el mal de la ignorancia se halla en él para el bien de la disculpa; querer glorias que vuelan, ó parece ambicion del deseo, ó deseo del despeño; buscarlas sin alas, es precipicio; mirarlas sin vista, es ceguedad: si te desaparecen, cómo te desvelas? sí te huyen, cómo has de seguirlas? Y quando te fuese posible el mirarlas, y el cogirlas, qué habias de hallar Preciosa.

ciosa en estas glorias? Sería poco? Aun es mucho. Sería menos? Aun no es tanto. Sería nada? Sí, porque no puede ser menos el amor que las hace. Es una respiración que vive por fuego, y acaba por ayre; es un ay, que vive por aliento, y muere por suspiro; es una mentira que vive duda, y acaba desengaño; es un fingimiento que dura farsa, y acaba tragedia; es un deliquio, que vive desmayo, y pasa á accidente; es un velar de ojos cerrados; es un cuidado de corazones adormecidos; una fe de Idolatras; una idolatría de infieles; si este es, pues, el amor que hace estas glorias, quáles serán las glorias del amor? Por las causas se juzgan los efectos; cómo ha de tener ser el efecto si no le tiene la causa? Cómo puede asegurar duraciones, lo que no tiene estabilidad? Cómo puede prometer firmezas, lo que de sí es inconstancias? Cómo ha de mostrar realidades, lo que solo es mentira? Y todo es mentira, ó Preciosa, que no fuere ser solo verdad. El amor del Rey, dixo Cándida, y retiróse dexando á Preciosa en consideraciones indiferentes; porque la razon sentenciaba por lo que oía, la voluntad por lo que amaba; cseía á Cándida, quería á Bienmequiere; de éste no podía despreciar las glorias, aunque desvanecidas; de aquella no podía dudar las verdades, aunque airadas; y en esta guerra civil de pensamientos propios la divirtieron voces de cuidados ajenos.

HIS.

HISTORIA

DE DAMAR Y AMIRA.

CAPITULO XII.

DE las finezas de Damar, dicen las Sierras, que tomaron el nombre las finezas.

De Amira enamorado murió Damar por quererla; porque amor que dexa la vida, solo á ser fineza llega.

Tantas heridas le dieron en el Monte por defenderla, que el desperdicio en las flores fue soledad en las venas.

Y en tanto nacar vertido tanta púrpura deshecha, el día se vió de rosas, siendo el día de tormentas.

Eas voces de esta cancion, á quien daba alma una graciosa compañía de Serranas, fueron las que despertaron á Preciosa de la lid de su inconstante pensamiento: venia con ellas una Dama con ojos de grande luz, atractivo agrado, semblante de entendida, gala de cortesana, vestido blanco, bordado de letras de oro. Preciosa, á quien